

JUAN JOSÉ SAER EN MÉXICO

Juan Alcántara

(Texto leído en la presentación del libro *Una literatura sin atributos*. México: Universidad Iberoamericana, 1996, (Colección Poesía y Poética). 20 de agosto de 1996.)

La aparición de *Una literatura sin atributos* en México ofrece unas particularísimas oportunidades. Es, ni más ni menos, un libro útil, aquí, hoy, para quien sepa cascarlo y sacarle la nuez. No es, en principio, el libro de un ejercitado profesor que nos mantenga afanosamente en los límites de su parcela disciplinaria, cultivada más por el prestigio que por el provecho. No es tampoco la obra de un maestro del ensayo “literario”, es decir, de un mago de la expresión, un verbalizador culto, brillante, lleno de gracia, que pide admiración y respeto. El libro de Saer se atiene más bien a las ideas, a las ideas como audacias de un pensamiento en búsqueda, como herramientas que intentan develar lo real comprometedor antes que crear sistemas de conceptos, teorías sin encarnadura, juegos de difícil ingenio. Más aún, esas ideas no están ahí como colección de ocurrencias, son la marca, la manifestación, la prueba de existencia de una actitud subyacente, de un criterio progresivamente aclarado, de una estrategia a la vez reflexiva y empírica que busca rescatar a toda costa la honestidad en la práctica de la escritura.

El libro de Saer habría que leerlo “en mexicano”, es decir, pensando que aquellas particularidades de las que surge, lo argentino, por ejemplo, podrían ser las nuestras, las de lo mexicano, y que más allá de éstas y aquéllas, en la práctica literaria se encuentran actualmente en todas partes los mismos dilemas, las mismas trampas, la misma necesidad de no ser sobornado para salir adelante. Sería fácil, por el contrario —y sospecho que a muchos les resultará lo más cómodo— leer “Exilio y literatura”, uno de los trabajos del

libro, con una desvinculante curiosidad por los “exóticos” problemas de la literatura de un lejano país llamado Argentina, problemas que, afortunadamente, “no son los nuestros”.

De entrada, Saer es un resuelto partidario de la individualidad:

El escritor es un hombre que posee un discurso único, personal, y que no puede pretender, me parece, asumir ningún rol representativo. Un escritor no se representa más que a sí mismo. En tanto que artista sólo cuentan sus búsquedas individuales. [...] esta actitud es esencial para conservar la experiencia poética en tanto posibilidad de una libertad radical.

Preservar la capacidad iluminadora de la experiencia poética, su especificidad como instrumento de conocimiento antropológico, éste es, me parece, el trabajo que todo escritor riguroso debe proponerse. Esta posición, que puede parecer estetizante o individualista, es por el contrario eminentemente *política*. En nuestra época de reducción ideológica, de planificación represiva [...] la función principal del artista es salvaguardar su especificidad.

No es casual, por lo mismo, que Saer se ocupe de Witold Gombrowicz. Y no porque se identifique con él —eso significaría traicionarse a sí mismo tanto como al polaco—: en Gombrowicz Saer encuentra el proyecto de una individualidad —vida y obra— llevada hasta los extremos de las más disonantes contradicciones. Ahora bien, este énfasis en la individualidad no es un fin en sí mismo, sino una estrategia para sacudirse las determinaciones, las definiciones, los estereotipos, para permanecer sin señas, vivo, flexible, receptivo:

Ser polaco. Ser francés. Ser argentino. Aparte de la lección del idioma, ¿en qué otro sentido se le puede pedir semejante autodefinición a un escritor? Ser comunista. Ser liberal. Ser individualista. Para el que escribe, asumir esas etiquetas no es más esencial, en lo referente a

lo específico de su trabajo, que hacerse socio de un club de fútbol o miembro de una asociación gastronómica.

La necesidad de no adherirse a ninguna consigna, de no creer en ninguna representatividad —condición que vale tanto para el escritor como para su escritura, ya que para Saer y Gombrowicz no es posible distinguir entre autor y obra— lleva justamente a la práctica de una escritura neutra, libre, fiel a sí misma, a la creación de una literatura *sin atributos*, es decir, disponible sin chantajes, perpetuamente pronta a replantear sus estrategias antes de que se solidifiquen. Para el escritor, “la tensión de su trabajo se resume en lo siguiente: no se es nadie ni nada, se aborda el mundo a partir de cero”.

Una vez asumido este supuesto, esta ausencia de *apriorismos*, es patente que Saer a lo que nos invita continuamente es a la identificación y demolición de todo tipo de condicionamientos; ardua tarea, ya que éstos están en los mismos ojos con los que los buscamos y en las mismas palabras con las que los combatimos. Y una vez más es Gombrowicz —ese experto en oponerse, en contravenir, quien solía comportarse como artista en presencia de los burgueses, y como burgués en presencia de los artistas— el que da el tono y la vía para ese ejercicio. Abandonado voluntariamente en un país lejano e “inmaduro”, Gombrowicz opina sin restricciones sobre todo lo que ve y oye: sobre los debates intelectuales de sus contemporáneos —como un diletante—; sobre la indefinición de los americanos —como un aristócrata europeo—; sobre la “forma” polaca y sus escritores —desde el exilio—; y sobre el medio literario argentino —como forastero automarginado. Tal es la “perspectiva exterior”, un distanciamiento, una desconexión que permite verificarlo todo *personalmente* haciendo a un lado uno a uno los espejismos deformadores.

Saer, a lo largo de más de tres décadas de residir en Francia, ha mostrado en sus opiniones una independencia ejemplar a partir

también de una coincidente “perspectiva exterior”. Es seguro que muchos de sus juicios son abiertamente irritantes para quienes los escuchan de este lado, desde la Argentina u otros países latinoamericanos. Su crítica al “latinoamericanismo” literario como ideología impuesta por los europeos a los latinoamericanos, su desdén por cualquier tipo de nacionalismo o su descubrimiento, por ejemplo, de que el famoso cuento borgiano “Pierre Menard, autor del Quijote” no representa una poética deconstructivista *avant la lettre* sino una invención cómica que fustiga a las “bellas letras” francesas (y en particular a Valéry), son algunas muestras incómodas de esta actitud. Para Saer, la inclinación de los medios culturales por los dogmatismos es casi una regla, y ni siquiera la expresión “literatura latinoamericana” se salva:

Esta expresión, corriente en los medios informativos y en la obediente crítica universitaria, no se limita a informar sobre el origen de los autores, sino que está cargada de intenciones estéticas y además es portadora de valores; su empleo presupone temas, estilos, y una cierta relación estética entre autor y sociedad. Se le atribuyen a la literatura latinoamericana la fuerza, la inocencia estética, el sano primitivismo, el compromiso político.

La “perspectiva exterior”, posición crítica inevitable para la “literatura sin atributos”, ha sido legada por el mismo Gombrowicz a la literatura argentina: una vez que ha desmantelado los espejismos que animan a la literatura polaca en su *Diario*, Gombrowicz le dice a Dominique de Roux en *Testamento*: “En lugar de la palabra Polonia, ponga la palabra Argentina”.

El lector argentino —nos dice Saer— puede aprender cosas más esenciales sobre su propia literatura leyendo en el *Diario* de Gombrowicz los juicios que se refieren a la literatura polaca, que en las páginas vehementes —y a veces convencidas de antemano de aquello

que supuestamente deberían examinar— de algunos de nuestros propios historiadores de la literatura.

Y como Saer, por lo demás, desde Francia, aplica la “perspectiva exterior” a toda Latinoamérica, no nos parece excesivo, al leer su libro, cambiar la palabra Argentina por la palabra México. Veamos una muestra. ¡Cuánto bien le hace Saer a la obra de Borges al sacarla de los juicios comúnmente aceptados y al abordarla desde ángulos inéditos! De entrada lo compara con el mismo Gombrowicz, revela sus inclinaciones anglófilas y francóforas, y diserta sobre la novelística de Borges. Algo así, esas salidas críticas, esa imaginación desclasificadora, inauguraría una visión más fresca, aunque cruel, de la literatura mexicana. Si, por ejemplo, tomamos en serio la crítica de Saer al nacionalismo y a las ideologías latinoamericanistas, ¿qué quedaría del poeta Carlos Pellicer, exaltado año tras año por el oficialismo cultural? ¿Quién se ha atrevido a denunciar el nacionalismo dogmático, que discreta pero persistentemente, ha excluido en México durante décadas todo producto cultural que no proclame que México es primero? Y si hablamos, siguiendo a Saer, de una literatura en libertad, fundada en las singularidades del individuo, en la no representatividad, ¿no leeríamos antes a Efrén Hernández que a Agustín Yáñez, a Jesús Gardea antes que a Carlos Fuentes?

En cuanto al análisis que hace Saer de ciertas condiciones estructurales de la sociedad argentina que desde el siglo pasado condenan toda literatura viva al estatuto de la marginalidad, es posible que igualmente nos ayude a entender lo que nos ocurre a nosotros. Aquí también la oficialidad prohíbe la vida literaria —la profunda, la duradera, la que no transige, no la de la máquina cultural— y se constituye en obstáculo inexpugnable para la experiencia literaria. Si Borges, nos dice Saer, es el Gran Escritor Argentino, lo es precisamente para que no se lo lea:

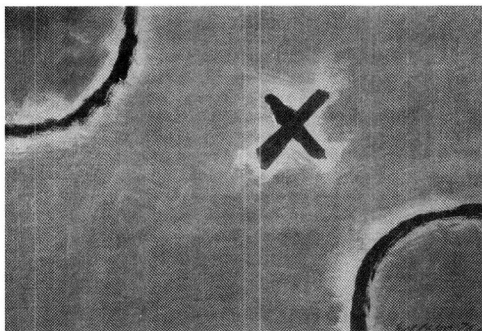
[...] se considera su obra un objeto cerrado, inabordable, casi sagrado. Toda crítica a esta obra es asimilada al terrorismo. Para el gobierno (representado en este caso por los *mass media*) el *corpus* borgiano está fuera de discusión [...] Como en su realidad textual la obra de Borges rechaza un dogmatismo semejante, puede considerársela como una obra ocupada en el sentido militar del término.

¿No nos recuerda ineludiblemente esta neutralización los continuos Homenajes Nacionales a Juan Rulfo? Justamente la condición de monumento de la obra de Rulfo requiere que por ningún motivo su significación profunda quede al descubierto; si bien no ha sido ocupada militarmente, ha sido quizá *expropiada* o *nacionalizada*. Y más aún: la obra de Rulfo es profundamente hostil al aparato que la ha entronizado. *Pedro Páramo* sin duda no estaría allí si desde sus entrañas mitológicas no pusiera de manifiesto la figura del padre terrible que envilece y devora a sus hijos, y que es casi el emblema de esas gigantescas instituciones y corporaciones posrevolucionarias que hoy en día oprimen a la sociedad mexicana con el peso de sus procesos de putrefacción.

Ni siquiera el lector queda exento de vapuleos en el libro de Saer. En la era en que los lenguajes y las ideologías viven por sí mismos, se reproducen, se autofecundan y se imponen más allá de la conciencia y la voluntad de los individuos, no es sólo el escritor el que dice lo que no quiso decir, sino también el lector el que ha perdido casi toda posibilidad de explorar libremente el universo de lo impreso:

Considero que actualmente, por razones económicas, políticas y sociales, el lector está condicionado de antemano y que los contenidos de tal o cual literatura le son impuestos a través de elementos extraliterarios. En la cubierta de los libros, en los artículos de los periódicos, en la publicidad, en el chantaje de la superioridad numérica de las obras más vendidas.

Ojalá que el libro de Saer —en México—, justo en el momento en que se le exige a cada uno de nosotros que se convierta en ejemplar *reconocible* de nuevas representatividades —las mujeres, los homosexuales, los posmodernos, los populistas, los rockeros, los que aman la naturaleza, etcétera—, particularismos que se suman a las ideologías ya instaladas —el optimismo, el orgullo nacional, el indigenismo, la productividad, la promisoría juventud, etcétera— contribuya, a reventar los obstáculos para que fluya la posibilidad de una lectura libre y acrecentadora, de una escritura viva y necesaria.



Óleo y acrílico sobre tela, 1976, 19 x 29 cm